

La antigüedad religiosa, por ejemplo, colocaba generalmente el nacimiento de los dioses soles emblemáticos en el solsticio de invierno, como lo demuestran las fábulas de Horo, Harpócrates, Ammon y Baco, y este hecho tuvo sin embargo sus excepciones; pues al paso que los sacerdotes de Délos, citándose al hecho astronómico, hacían que Apolo naciese en el solsticio de invierno, los de Delfos, queriendo tener una fábula propia suya, supusieron dicho nacimiento en el equinoccio de primavera; y unos y otros lo ataviaron con fábulas oportunas. Los de Délos prolongaban la infancia de Apolo hasta el equinoccio, que era cuando debía aparecer ocupando el carro solar, y los de Delfos suponían que habiendo crecido en un instante, al día siguiente de su nacimiento había dado muerte á la serpiente Piton. Los primeros, ántes de presentar en sus mitos al sol que da calor á la tierra al entrar la primavera, lo representan entre el solsticio y el equinoccio, es decir, como el sol de invierno, apareciendo entre nieblas ó humedad; los segundos hacían adorar el astro del equinoccio, que con su aparición disipaba los vapores que infestaban las faldas del Parnaso. Las fábulas egipcias que se refieren á la infancia de Ammon y de Horo tienen casi las mismas diferencias. Ammon, que nació estropeado, permaneció tres meses oculto en los desiertos de la Libia, hasta que su hermana Ísis lo hubo curado; pero Horo, aunque nacido por el solsticio, después de vencer á Tifon, subió al trono de su padre, solo diez y ocho días después de muerto Osiris, es decir, después de su propio nacimiento.

Un hecho análogo se observa en el mito del gigante Tifeo. Si los gigantes (como yo presumo) eran una representación simbólica de los vapores que oscurecían la atmósfera, sobre todo en invierno, parecerá natural que un poeta les diese nacimiento: como sucedió con Tifeo, supuesto hijo de Neptuno y de Ifimedia, mujer de Alce, hijo de Neptuno; con otro nacido de la sangre de Urano que cayera en el seno de la Tierra, y con otro hijo de Urano y de la misma Tierra. Estos tres enigmas se convierten en uno solo, á saber: que los vapores atmosféricos nacieron del agua, y muchas veces de una lluvia tempestuosa, con la que se mezclaba el fuego del cielo.

Las Náyades fueron supuestas por los poetas hijas del Océano, de los Ríos y de Juno; y de esta efectivamente brotan los manantiales de agua.

La diferencia en los nombres no es tampoco objeción de mayor peso. Si se pregunta á los antiguos quién era Vesta, y qué representaba esta divinidad simbólica, la mayor parte contestará: «Vesta es el fuego doméstico;» sin embargo, Dionisio de Halicarnaso, Furnuto, Arnobio y otros nos dicen: «Vesta es la tierra.» ¿Quién es Ceres? indudablemente es la tierra y no obstante, Virgilio dice que Ceres es la luna. ¿Quién es Juno? Es el aire; pero Atenágoras y

Plutarco dicen que Juno es la tierra. El origen de semejantes anomalías se ve más ó menos claro, ya en las creencias antiguas que siguieron en boga después de la reforma de Cecrope, ya en las caprichosas invenciones de los poetas.

Es evidente que Vesta debía de figurar el fuego terrestre en su universalidad, ántes que se instituyese el culto de Vulcano; después quedó reducida á la representación del fuego doméstico; pero las creencias religiosas se desarraigaban con mucha dificultad, y Vesta siguió representando el fuego terrestre para los que creían lo que los antiguos; la Tierra, llena de fuego, fué una divinidad única con el fuego que encerraba. Numa heredó esta creencia, y consagró á Vesta un templo circular como la tierra (1). Ovidio, hablando de este templo, dice que Vesta es la tierra, y á pocos versos añade que Vesta es el fuego (2); indicio de que bajo una sola denominación simbólica, honraban los Romanos á las dos divinidades reales.

Si Virgilio llama Ceres á la luna, es porque Ceres fué al principio el mismo personaje que Ísis, personificación de la tierra, pero que antiguamente había representado la luna.

Respecto de Juno, era en los mitos esposa de Júpiter, porque este representaba el éter, y aquella el aire atmosférico, sobre el cual operaba el éter para la fecundación universal (3). Mas por la misma razón los que consideraban el éter y el cielo como una misma cosa, llamaban Juno á la tierra, porque era esposa del Dios supremo.

Otro argumento encontraremos si nos fijamos primeramente en los dioses reales, y procuramos después estudiar sus correspondencias simbólicas. Si en vez de preguntar quién es Vesta, ó Ceres, ó Juno, hacemos la pregunta al revés, y decimos qué es la tierra, es decir, qué divinidades mitológicas la representan, hallaremos que la tierra es Cibéles, Vesta, Ceres, Juno y Venus, y la luna será Diana, Cibéles, Ceres, Juno, etc.

La misma libertad concedida á los poetas para componer fábulas mitológicas á su capricho, aunque sujetas rigurosamente á ciertas doctrinas religiosas, viene en corroboración de lo dicho. Si un poeta dice, por ejemplo, que Baco había nacido de Dracanes, y otro que de Ícaro, y uno lo supone nacido en Tébas y otro en Nisa; que Vulcano es cojo de nacimiento ó que adquirió este defecto al caer del cielo; que Júpiter gozó los favores de Juno ántes ó después de su boda, poco le importará al magistrado, y no prestará atención alguna á las zumbas de Aristófanes acerca de las divinidades mitológicas. Pero si Diágoras hace burla de la más insignificante de las ceremonias de Eléusis, será condenado á muerte, como lo fué Sócrates bajo la

(1) FESTO, *ad rotundam*.

(2) Vesta eadem est que Terra; subest vigil ignis utriusque... Nec tu aliud Vestam quam vivam intellige flammam. *Fast.*, lib. VI, vs. 267, 294.

(3) SAN AGUSTIN, *De civ. Dei*, lib. IV, cap. 10.

acusación de creer en los genios, y como Prodicó de Céos porque sostenía que los elementos habían sido divinizados por consideración á su utilidad, mas no por su propia esencia. Los poetas que componían fábulas inconvenientes y hasta inexactas, no hacían mas que corromper las leyendas de los dioses simbólicos; al paso que los filósofos destruían las creencias relativas á los dioses reales; los primeros solo embrollaban la mitología, los segundos podían desnaturalizar la religión. Para defender á los dioses reales y conservar la religión, se mantenían las leyes ágrafas, es decir, no escritas, de Eléusis, que eran severísimas.

En cuanto á los adulterios y á los incestos de Júpiter, se ve que á medida que había que aumentar los dioses simbólicos, como los que representaban el sol, de quien Júpiter debía ser padre, era preciso suponerles muchas madres.

Mas grave defecto era en las fábulas la irregularidad de las denominaciones y los actos arbitrarios atribuidos á los dioses simbólicos, que muchas veces desmienten el carácter que se les supone como dioses reales, y están en contradicción con lo que esta cualidad parecía imponerles.

Cuando, en la *Iliada*, Minerva agarra á Aquiles de los cabellos para contener sus ímpetus, representa bien la divina sabiduría inspirando al mortal pensamiento prudente y honroso; pero cuando, bajo el aspecto de Laodoco, invita á Pandaro á dirigir el arco contra Menelao, y bajo la forma de Deifobo excita á Héctor al combate y lo hace morir á traición, ya no es la sabiduría divina la que obra, sino la astucia ó mas bien el fraude humano. Y este es otro abuso del sistema enigmático, que revistió á los dioses de formas humanas; licencia que si bien produjo muchas irregularidades, también dió lugar á muchas bellezas.

Este defecto es frecuente en Homero; pero los que han dicho que no encuentran enigmas y alegorías en sus cuadros, se muestran muy enemigos de sus propios placeres. Esos seres divinos que á formas humanas colosales, aunque invisibles, á una fuerza gigantesca, y á un poder sobrenatural reúnen las más ardientes pasiones de los mortales, ¿no ejercen en nuestra imaginación mucho mayor imperio que si fuesen hombres ordinarios? Homero no inventó ciertamente las principales alegorías de sus poemas, ni menos su religión; tanto aquellas como esta dominaban ya en Egipto; Homero no hizo mas que poner en acción las fábulas religiosas que circulaban entonces por la Grecia; de otro modo ¿cómo hubieran podido adquirir repentinamente el crédito necesario para el buen éxito de su obra? La semejanza de las fábulas de este poeta con las de Hesíodo atestigua su antigüedad: alegóricas y simbólicas por esencia, no dejaron de serlo en sus poemas; el fondo no es de Homero, pero sí el uso que de ellas hizo. Júpiter, (supongamos) abraza á Juno en el monte Ida;

aquí la elección del sitio y del momento, las imágenes accesorias que hermosean tan magnífico cuadro, el cambio que el momentáneo reposo del Dios supremo produce en la situación de los ejércitos, es obra del poeta, pero el carácter físico de una y otra divinidad, su inmenso poder y su simbólico himeneo son dogmas de la religión. El vulgo admiró arrebatado aquellos maravillosos hechos de los dioses verificados para gloria de la nación griega; el iniciado encontró en ellos otro mérito, el de la exactitud casi continua de las opiniones religiosas: elevóse una admiración general en todos los países helénicos, cualesquiera que fuesen los matices de la opinión particular de este ó aquel pueblo; y la Grecia entera llamó divino al poeta que con tanta grandeza y verdad había celebrado sus costumbres y sus creencias nacionales.

San Cirilo Alejandrino decía á fines del siglo IV: «Homero se me figura un pantomimo que sale al teatro á turbar con ilusiones el espíritu de los espectadores. Representó las pasiones humanas, las partes del mundo y los elementos como númenes, y los pintó unos con otros en lucha al pié de los muros de Troya. Neptuno es el mar, Juno el aire, Vulcano el fuego, Apolo el sol; pero aun cuando se complace en semejantes ficciones, no desconoce la verdad, y reconoció á un Dios supremo y omnipotente, un señor del mundo, que por ningún dios ficticio puede ser representado (1).»

Este fragmento confirma cuanto hemos dicho acerca de los dioses reales y de los simbólicos. Los Santos Padres nos enseñan toda la mitología, y con su ayuda, la de las fábulas y la de las tradiciones históricas, procuraremos penetrar un poco mas en el conocimiento de la religión helénica.

#### *Principales dogmas de la religión helénica.*

Se dice y se repite que el paganismo no tenía dogmas, ni principios de moral, ni enseñanza alguna, y que hasta sus misterios carecían de relación con las aspiraciones intelectuales y con el fin para el cual fué creado el hombre. Trataremos de vindicar á Atenas y á Roma de un reproche, que en cierto modo las colocaría fuera de la sociedad humana, y continuaremos distinguiendo la religión de las doctrinas particulares de los filósofos, haciendo uso de testimonios, sacando á plaza las opiniones.

Los dogmas principales, comprobados directamente ó por mitos de sentido no interpretable, parecen ser siete:

1º Existe un Dios supremo, creador, principio del movimiento, fuente de la vida y de la inteligencia universal, que es el fuego etéreo.

2º La materia es eterna, obedece á la voluntad del Dios supremo. Los límites de sus fa-

(1) *Contra Julian.*, L.

cultades son causa de que no siempre produzca el bien.

3º Existe un alma universal, emanada del Dios supremo, creada por él, compuesta de espíritu y materia terrestre, dividida en otras tantas almas particulares cuantos son los seres individuales que existen en la naturaleza.

4º Los elementos y los cuerpos celestes son divinos, y están subordinados gradualmente al Dios creador.

5º El alma es inmortal, y emanación y creación del Dios supremo.

6º Libertad del hombre; leyes religiosas y morales á que está sometido; juicio despues de la muerte.

7º Metempsicosis. Felicidad eterna del alma despues de purgada.

#### Dogma primero.

En la religion griega existe un Dios, cuya esencia difiere de la de los demas dioses. Él es eterno, y los demas son creados; él se mueve por sí, y los demas reciben de él su movimiento; él solo es incorruptible; él solo conoce los decretos del destino, aunque su voluntad no es el destino; él solo recibió el título de *Padre*, esto es, de creador de los dioses y de los hombres; de él solo se derivan las leyes de la moral; él solo juzga á los hombres y á los dioses; y castiga á unos y á otros.

El libro VIII de la *Iliada* parece escrito para manifestar la existencia y celebrar la grandeza de este Dios omnipotente: Júpiter se declara señor del cielo y de la tierra, amenazando á los dioses con suspenderlos todos de una cadena; y Juno y Neptuno, aunque murmurando, confiesan su dependencia. « Invencible es mi fuerza; todos los dioses del Olimpo no bastan á cambiar mis resoluciones, » dice Júpiter, y los demas contestan: « Lo sabemos; tu fuerza es invencible (1). » Júpiter suspende á Juno en el aire con un yunque en cada pié; Júpiter arroja del cielo á Vulcano; en frunciendo las cejas hace estremecer el Olimpo; con su rayo puede herir á los dioses y precipitarlos en el tártaro.

Hesiodo, á pesar de los homenajes que tributa á Urano y á Saturno, reconoce el poder supremo del *Padre de los dioses* y de los hombres, el cual « señala á cada dios su jerarquía y su oficio (2). »

« ¡Oh Júpiter, tu poder no tiene límites! » decía Teógnides (3); y Sófocles: « En realidad no hay mas que un Dios; él creó el cielo, la tierra y el mar cerúleo (4). — « ¡Bienaventurado (dice Píndaro, hablando de los misterios de Eléusis) el que descende al seno de la tierra despues de haber visto estas cosas! pues conoce el fin de la vida y el reino concedido por Júpiter (5); » en

(1) VIII, 5, 21, 210, 431, 463.

(2) *Theog.*, 47, 49, 543, 643, 838.

(3) *Sent.*, 376.

(4) *Fragm.*, ap. EUSEB., *Præp. Evang.*, XIII, 43.

(5) Ap. SAN CLEMENTE ALEJ., *Strom.*, III.

cuyas palabras vemos tambien la inmortalidad del alma.

Platon, Aristóteles, ó bien el autor de la obra de *el Mundo*, refieren las opiniones religiosas de sus países cuando nos dicen: « Es dogma universal y antiguo, generalizado entre nuestros padres, que todo fué creado y está conservado por Dios; el Dios supremo se llama *Dis* ó *Zeus*, palabras que juntas significan el fuego por el cual vivimos (1). »

Ennio, Virgilio y Ovidio dicen tambien que Júpiter es padre de los dioses y de los hombres; que su ineluctable poder señorea los hombres y los dioses; que todo el universo le está sometido.

Ya hemos aducido opiniones de los Santos Padres, y Cirilo Alejandrino va demasiado lejos al creer que Homero reconoce un Dios omnipotente, á quien ningun dios ficticio podia representar (2). Un ser semejante hubiera sido el Dios verdadero, y el Dios supremo de los Griegos no pasaba de ser una sustancia material. Su pensamiento habia sido divinizado en Neith y en Palas, sin que este culto particular impidiese el reconocer su unidad.

#### Dogma segundo.

La nada nada produce: tal era la ley de las antiguas creencias religiosas. El dogma de la creación no incluía la idea de una creación absoluta, que hubiese formado la materia de la nada; sino la de que el Dios supremo habia ordenado el caos y formado de él el universo. La materia, segun los Egipcios, existía desde la eternidad; cumplidos los tiempos, el fuego etéreo se desenvolvió de la masa informe; y en el mismo instante experimentó por ella un amor ardiente, el cual dió por frutos los elementos y los astros, sin que cesára por esto la simpatía entre las dos divinidades primitivas, en prueba de lo cual todo el universo se está regenerando, rejuveneciendo y heroseando todos los dias, por el mutuo afecto de los dos grandes padres del género humano (3). Los hijos todos del espíritu y de la materia, los elementos y los cuerpos celestes participan del amor que une la madre universal á su esposo: toda la naturaleza permanecía en perpétua adoración ante el Creador, y deber era del hombre el asociarse á esta devoción universal. Las leyes todas estaban por consiguiente basadas en el amor que expresa Plutarco cuando dice: « La diosa Isis, unida al Dios supremo, se siente constantemente atraída hácia él por amor á su excelencia y perfección, y jamas se le opone (4); » únicamente hay que advertir que aplica á la reproducción cotidiana la antigua doctrina de la creación primitiva.

(1) PLAT., *Cratib.* — ARIST., *De mundo*, c. 6.

(2) *Contra Julian*, I.

(3) CLEMENTE, *Recognit.*, X, 30. — DIOG. LAERC., *De vit. Philos.*

(4) *De Iside et Osir.*

el dogma de la eternidad de la materia y de una coordinación por medio del fuego etéreo se habia arraigado entre los Fenicios, punto que confirma Ferecides, de nación sirio, é instruido en la filosofía religiosa de los sacerdotes fenicios. « Zeus (dice este autor), el tiempo siempre igual, y la tierra eran (1). » Sanconiaton dice que la materia (aire tenebroso) y el espíritu (dios etéreo) verificaron la creación, y les asocia el amor, en quien simboliza su reciproca atracción (2).

Estas ideas se comunicaron á la Grecia, y Hesiodo que seguía un sistema en parte egipcio, en parte fenicio y en parte griego, expone estas diferentes opiniones en su *Cosmogonía*, pero lo hace con muy poca claridad. Empieza proponiéndose cantar los dioses nacidos de la tierra y el cielo, hijos originariamente de la Noche, nutrida en el seno de las aguas; despues se pregunta cómo pudieron empezar la tierra, el mar y el cielo estrellado, y cuáles de los tres nacieron; y despues quién fué el primer Dios, padre de todos. Se da por contestación que el Caos existía en un principio, en lo cual está de acuerdo con los Egipcios. El Caos y el Erebo produjeron la Noche (prosigue con evidente superfetación, pues que el Caos, el Erebo y la Noche son una misma cosa). La Noche, añáde de acuerdo tambien con los Egipcios) engendró el Éter y el Día. Del seno de la Noche surgió el Éter acompañado del Día. Este último, aunque considerado por los poetas como hermano del Éter, es un producto suyo inseparable, así como la luz es efecto del fuego.

Presidió á estas nupcias el Amor, á quien el poeta hace nacer ántes que la Noche, pues que esta fué hija del Caos y del Erebo; la tierra y cielo estrellado engendraron despues el mar, el sol, la luna, los Ciclopes, etc. Esta segunda escena de la creación es completamente griega, pero todo es en ella producto del Amor, como sucede tambien en la egipcia. Orfeo, ó sea Onomacrito, en el himno del Amor lo llama primogénito y nacido del huevo, es decir, del Caos. « Niño impetuoso, dotado de ambos sexos, cuyo grito es el del toro, causa del nacimiento de los dioses y de los hombres, yo te invoco. »

Antifanes, poeta, en una *Teogonía* citada por Ireneo (3), y Aristófanes en *las Aves*, tambien hacen nacer el Amor del Caos.

#### Dogma tercero.

El dogma de la existencia de un alma del mundo estaba admitido entre los Egipcios desde los tiempos mas remotos de que podemos tener noticia. El alma universal era una emanación del Dios supremo que, formándola de su propia sustancia, la introdujo en la masa del

universo (1). Su nombre mitológico era *Cnef*, dios inmortal, como *Yia*, dios creador, y *Neith* pensamiento divino; porque su sustancia era tambien el fuego etéreo. Eran tres Kanefos protectores especiales del Egipto, la gran Triada. Los demas dioses, esto es, los astros y los elementos, á excepcion de Athor ó la materia, eran mortales; porque el Dios supremo que los habia creado podia en cualquier momento aniquilarlos.

El alma del mundo estaba representada por una serpiente que se habia inmiscuido en todas las partes del mundo y que se llamaba tambien *Cnef*, *Cnulis*, el buen demonio (2), representado á su vez por una cruz que se encerraba en un círculo y que estaba suspendida de una argolla, por cuyo motivo dicho signo se llamaba *cruz argollada*.

El alma universal honrada bajo la forma del dios *Cnef* se dividía en otras tantas almas particulares cuantos eran los cuerpos que existían, y el culto del alma del mundo comprendía en conjunto todas y cada una de las almas particulares (3). Cada uno de los dioses contenía tambien dentro de sí una parte del alma única y original, que era su alma propia, verdadero motivo de que todas las divinidades egipcias llevasen el ureo ó áspid en los cabellos, ó la cruz argollada en la mano; uso que se extendió á los reyes como representantes de los dioses.

El culto del alma del mundo, que era comun tambien á la Fenicia (4), se introdujo en Grecia como lo atestiguan Tales, Aristóteles, Varrón, Cicerón, Virgilio, Onátas y San Agustín. « Creen algunos (dice Aristóteles) que el alma del mundo está esparcida por todo el universo; tal vez por esto creyó Tales que el mundo estaba lleno de dioses (5). — Tales (dice el filósofo Onátas) creía que el universo estaba dotado de alma y que cada una de las partes del mundo contenía un demonio peculiar suyo (6). — Varrón (dice San Agustín) no pudo llevar la teología natural mas allá del mundo ó del alma del mundo (7). — Todos (dice Cicerón) deben creer con Tales que el mundo está lleno de dioses (8). » Conocidísimos son los versos de Virgilio en el canto VI de la *Enéida*.

En la mitología griega no existe verdadera mente divinidad alguna que parezca haber sido la representación del alma integral del mundo: quizá tuviese culto en los misterios y sea este el sentido en que la introduce Virgilio. La serpiente metida en cista entreabierto, imagen probablemente de *Cnef* encerrado en el universo, que en tantas medallas se encuentra, la metamorfosis de Júpiter en serpiente para engendrar

(1) EUSEB., *Præp. evang.*, I, 40. — SINESIO, *Elog. de la calvicie*. — ORAPOL., *Hierog.*, lib. I, 64.

(2) PLAT., *Amator.* — EUSEB. y ORAPOL., I, cit.

(3) SINESIO, I, cit.

(4) EUSEB., I, cit.

(5) *De anima*, lib. I, cap. 8.

(6) Ap. STOBEO, *Ecl. phys.*, lib. I, 4.

(7) *De civ. Dei*, VIII, 1.

(8) *De leg.*, II, 41.

(1) Ap. DIOG. LAERC., I, 119.

(2) Ap. EUSEB., *Præp. evang.*, I, 10.

(3) *Contra hereses*, cap. 14.

á Baco Zagrea, parecen corroborar esta conjetura; pero de todos modos, el culto público tributado á las fracciones del alma universal está fuera de duda.

El culto de la naturaleza abrazaba todos los dioses creados. Cada uno de estos contenía una parte del alma del mundo, individualizada y formando un todo completo. Lo mismo sucedía con cada uno de los países, ciudades ú objetos individualizados por la religión; porque apénas un ser cualquiera era considerado como un todo, tenía un alma, y esta era divina.

Cada una de estas fracciones estaba representada también por una serpiente. Una serpiente guardaba la fortaleza de Atenas, y cuando dejó de mostrarse, los Atenenses no vacilaron en abandonar la ciudad en compañía de Temístocles (1). Apénas un supersticioso ve una serpiente en su casa (dice Teofrasto) levanta una capilla en donde la coloca (2). La serpiente era, á los ojos del devoto, la imágen del alma del sitio ocupado por su casa, ó bien del alma de los antepasados que iba á recordarle sus deberes y el amor que les debía. De modo que el Griego, lleno de la creencia en el alma del mundo, estaba siempre rodeado de divinidades.

#### Dogma cuarto.

Ya nos hemos ocupado largamente en demostrar que los Griegos creían que los elementos y los cuerpos celestes eran dioses inmortales, creaciones del Dios supremo.

#### Dogma quinto.

Entre las antiguas creencias religiosas no hay ninguna que tenga mas testimonios de su autenticidad que la de la inmortalidad del alma. Lo mismo la profesó la Grecia que el Egipto. Los funerales que el ejército griego celebraba delante de Troya para aplacar las almas de los muertos, las invocaciones de Aquiles por el alma de Patroclo, la aparición de las almas á Ulises, el encuentro que tuvo Enéas en el infierno con las de Creusa, Dido y otros héroes, los sacrificios á los manes, las tumbas y sus inscripciones, los símbolos con que los acompañaba la piedad, prueban de comun acuerdo la antigüedad y la universalidad de este dogma. « El cuerpo del hombre (dice Píndaro) está sujeto á muerte; el alma conserva la vida, imágen de la eternidad (3). » Homero, ó quienquiera que fuese el autor del himno á Ceres, decía: « ¡ Dichoso entre los mortales el que tales cosas vió! Pero el que no está iniciado y no participa de los santos misterios no gozará jamás de tanta suerte, porque habrá muerto entre horribles tinieblas. »

Son muchísimos los autores que reproducen esta doctrina. « Cree, amigo mio, que para el

(1) HEROD., VIII, 41.

(2) Charact., cap. 12.

(3) Ap. PLUT., V. Romuli y el trozo citado.

alma no es mas ventajosa su union con el cuerpo que su separacion (1). Á Ceres debemos dos apreciables dones: por medio del primero dió á conocer á nuestros progenitores los frutos que les sacaron de su estado salvaje, por medio del segundo nos enseñó los misterios que nos inspiran la esperanza de obtener, despues de esta vida, la felicidad de otra interminable (2). Los mixtos gozarán en los infiernos de una luz mas pura (3), y tendrán mejor parte despues de su muerte (4). Las iniciaciones no solo nos enseñaron el arte de alcanzar mayor felicidad en esta vida, sino á morir con mejor esperanza (5). Dicha es el estar iniciado en los misterios de Eléusis, porque la condicion de los mixtos será la mejor entre los manes (6). » Esta ya no es solo una opinion filosófica, sino una prueba de la doctrina de Eléusis, en la cual los mencionados filósofos estaban iniciados.

De este dogma, unido al de la existencia de Dios, se derivaban naturalmente los principios de la moral, los preceptos de la religión y las leyes fundamentales de la sociedad. « El que no tiene corazon puro, el mal ciudadano, el sacrilego, no tome parte en nuestros cantos: no le es dado celebrar á Ceres nuestra protectora; » así decían los mixtos en sus ceremonias (7).

Pero el alma era inmortal solamente porque emanaba del Dios supremo que la había extraído de su propia sustancia y mezclado con una parte de materia terrestre; pues que á ser simple materia no hubiera poseído la inteligencia divina, y á ser esencia pura extraída de la esencia de la Divinidad, hubiera sido en sí misma toda divina, y por consiguiente impecable: lo cual estaría en contra de la naturaleza de las cosas. Debía por lo tanto participar de ambos orígenes. Por esto Platon, cuando en el *Timeo* nos representa el Dios supremo formando las almas humanas de su propia sustancia y de una parte de materia terrestre, emite una opinion conforme á las creencias religiosas, aunque la presenta solo como hipótesis. « Todos los elementos (decía Celso) contribuyen á la formación de los cuerpos; el alma empero, es obra de Dios solo (8). »

Las fábulas, los himnos, las fiestas públicas y los símbolos de muchas divinidades arrojan mucha luz sobre la materia que nos ocupa, aunque para probar la creencia en la inmortalidad del alma bastaría recordar el reparto del imperio del mundo entre Júpiter y sus hermanos y la cesion hecha á Platon del reino de las sombras.

Proserpina, segun las fábulas antiguas, era una personificación de la tierra, muy diferente de Perséfone, hija de Júpiter y de Ceres, con quien los poetas la han confundido con frecuen-

(1) PLAT., *De leg.*, VIII.

(2) ISÓCR., *Paneg.*

(3) ARISTÓF., *Rana*, v. 154.

(4) ARISTID., *Rhet. Eleusinia*.

(5) CICER., *De legib.*, II, 14.

(6) PLUT., *Amator*.

(7) ARISTÓF., *Rana*, v. 357.

(8) Ap. ORIG., *contra Celsum*, lib. IV, 22.

cia. Las fábulas puramente griegas las confundían sin embargo en una sola divinidad simbólica, cuya leyenda expresa la naturaleza del alma, su esencia, su separacion del cuerpo y su vuelta al mundo por medio de la metempsicosis.

Para comprender bien este oscuro pero curiosísimo mito, conviene ante todo alejar la idea de que Júpiter violase á Ceres, no porque entónces carecería de la inefable concepcion, que es una de sus partes esenciales. Jupiter, que estaba enamorado de Ceres, no solicitó sus caricias para desahogar su pasion, sino que se contentó con echarle en el seno las partes viriles de un carnero, cuyo contacto bastó para que concibiese á la inefable Kore ó Perséfone, llamada Proserpina por los Romanos. Júpiter es el fuego etéreo, Ceres la tierra, y Kore fué formada de una parte del fuego etéreo unida á una materia terrestre, sin que su concepcion dependiese en nada de los sentidos.

Pluton, autorizado al efecto por Júpiter, y acompañado de las Parcas, roba á la niña para casarse con ella. Ceres, ignorando el nombre del raptor, se desespera, toma dos antorchas, sube á un carro tirado por dos serpientes y recorre los aires, el mar y la tierra clamando por su hija á los hombres y á los dioses. El sol le dijo que el raptor era Pluton, y cuando Ceres fué á referírsele á Júpiter, Dios supremo, este la contestó: « Consiento en que te sea devuelta tu hija, con tal que no haya tomado alimento alguno en el infierno. » Pero como Pluton había dado á catar á su esposa parte de una granada, decretó Júpiter que habitase cuatro meses del año con Pluton y ocho con su madre. Mercurio, las Parcas y las Gracias se volvieron en seguida con Ceres (1).

Durante los días de su desgracia, Ceres envuelta en ajenas formas había sido acogida en Eléusis por Eumolpo y los suyos; por lo cual en sus días de júbilo queriendo perpetuar la memoria de los grandes sucesos y manifestar su reconocimiento á los Eumólpidas, instituyó los misterios y les confirió su sacerdocio, dando despues su carro á uno de ellos (Triptolemo) para que fuera á todas partes á enseñar la doctrina de Eléusis. Esta narracion es probablemente enigmática. El mismo Arnobio dice que la formación de Proserpina, segun los paganos, es una de las fábulas que encierran una doctrina secreta, un sentido profundamente misterioso (2).

Engañados por el nombre latino de Proserpina, que significa la que ha salido de la tierra, la mayor parte de los mitólogos modernos solo han visto en esta diosa un símbolo del grano arrojado en el surco, que sale de él trasformado; segun lo cual las doctrinas de Eléusis se hubieran encaminado principalmente al arte de la agricultura; pero esta opinion es tan inverosímil

(1) HOMER., *Hymn. in Cer.* — APOLOD., lib. I, c. 5. — *Orid. Melam.*, v. 535.

(2) Adv. Gentes, v. 78.

mil y sobre todo es de una falsedad tan evidente que no merece atención siquiera. Mas bien el grano de trigo sería símbolo de Proserpina. La hija de Júpiter y de Ceres, saliendo de los infiernos para comenzar una vida nueva, es comparable al grano que nace de la tierra para florecer y madurar de nuevo.

Pero Proserpina es símbolo del alma humana que desciende al infierno, vuelve á subir, torna á bajar otra vez y otra vez sube. La roba Pluton acompañado de Mercurio y de las Parcas: es decir, que la muerte la obliga á descender al profundo. Allí come granada, para que tenga necesidad de volver á aquellos sitios despues de haber visto la luz; y aquí debemos hacer observar que la granada, lo mismo que la manzana, es un emblema del placer que acompaña el acto de la generacion (1). La virgen que lo prueba, queda por lo general aflcionada á su marido, como le sucede á Kore con Pluton. Para ella su estancia en el mundo equivale á un destierro, la vida terrestre es una época de prueba. Impaciente por volver al infierno, quiere volver adonde está su esposo, para llegar al fin junto á su padre y gozar de felicidad eterna. Así las dos antorchas como las dos serpientes son símbolos de las dos vidas mortales, á cuyos deberes tiene que someterse Kore sucesivamente, gracias á la metempsicosis, y tal vez lo son también de la vida terrestre y de la celeste que para ella tienen que sucederse una á otra durante su carrera.

Podemos, pues, decir en realidad que hemos encontrado aquí un símbolo de la naturaleza del alma, de su origen, de su inmortalidad, y de los castigos y las recompensas póstumas. Esta es la doctrina que Triptolemo fué á difundir por el universo. Fué un agricultor simbólico que no enseñó el arte de sembrar y cultivar el grano, sino que enderezó las malas inclinaciones de un pueblo salvaje por medio del dogma de la vida futura, educó el corazon del hombre predicando la virtud, preparó el alma para que saliese pura de las reiteradas pruebas del infierno como la buena espiga surge pura y verde del seno de la tierra. La agricultura fué símbolo de la religión: Ceres fué para los Griegos todavía salvajes la legisladora, enseñándoles que el alma humana, hija del cielo, tiene que dar cuenta de su conducta al Dios que la creó.

El nombre de Perséfone podía indicar la que lleva la muerte (*περσεισα θόνα*), como efectivamente sucede cuando se separa del cuerpo para unirse á Pluton. El nombre de Kore, niña todavía pura, parece haber significado también la que estuvo sujeta á purificación, que salió del infierno purificada (*καπέτω*, *lavo*). Yaco ó el sol renaciente en el solsticio de invierno, que era también imágen del alma triunfante en el mun-

(1) ARNOB., *adv. Gent.* V. En los misterios de Eléusis se introducían granadas en la cista mística; pero era con el objeto de prohibir á los iniciados el que las comieran. SAINTS CROIX, *Rech. sur les mystères*, secc. IV, art. 4.